

Magia y fantasía cierran el 2001 cinematográfico. El cine a 6 euros en el 2002

**MARY G.
SANTA EULALIA**

Un relato que enhebra misterios, convulsiones y portentos de dimensiones oníricas sin límites, en el imaginado territorio de El Señor de los Anillos, declarado el libro más popular del siglo XX, y otro similar, dispensador de magia, ingenio y poderes sobrehumanos, aplicados a biografías de jóvenes de apariencia normal y actual, en Harry Potter, la Piedra Filosofal, cierran fastuosamente el año cinematográfico 2001. Se diría que estas rupturas con la realidad se proponen como un bálsamo o como oxígeno para que respiren los aficionados, que tantas informaciones perturbadoras, crueles y deprimentes han estado recibiendo regularmente en el curso de los últimos meses. Lo mismo en el primero que en el segundo caso, los argumentos de estos filmes se mecieron en cunas de papel, pues nacieron sobre páginas encuadernadas, respaldadas por millones de lectores alrededor del mundo. El Señor de los Anillos es una historia épica situada en una supuesta Tercera Era, de la

CINE

fabulosa Tierra Media, ideada por J.R.R. Tolkien. El principal personaje se llama Frodo Bolson (en la pantalla, Elijah Wood) quien, ayudado por la Comunidad del Anillo, cumple una misión azarosa y llena de riesgos, como la de todos los héroes, en defensa de dicha Tierra Media, frente a Suron, el Señor Oscuro, cuya temible fuerza procede del Anillo Único. El fondo del asunto transmite una inspirada y

apasionada lucha entre el bien y el mal, y en ese combate se ven las caras de figuras extraordinarias como: elfos, hobbits, magos, lenguas de serpiente, princesas, enanos, etc. Unos, atractivos, valerosos; otros, extravagantes, terroríficos; unos, ruines espías; otros, nobles compañeros. Con este material, New Line ha producido tres películas rodadas simultáneamente con el mismo director, Peter Jackson, y que se suceden unas a otras: La Comunidad del Anillo, Las dos torres y El retorno del Rey. Hollywood no se había empeñado nunca en tamaña proeza. En su reparto, internacional, actores de la fama y categoría de Christopher Lee, Ian Holm, Liv Tyler, Cate Blanchett, John Rhys-Davies y otros muchos dan vida y credibilidad a unos entes de características maravillosas.

En cuanto a Harry Potter y la Piedra Filosofal, se basa en el volumen primero de los escritos por la británica J.K. Rowling, en el que presentó a su criatura literaria, un chaval de once años. Después de éste, ha publicado tres más, con creciente aumento de ventas y de fieles seguidores del aprendiz de brujo, nueva Cenicienta, en versión jovencito. Como otros autores de idioma inglés, incluido Charles Dickens, Rowling se expresa en un tono humorístico que, sin perder la reverencia hacia los usos y costumbres patrios (que ningún bien nacido en el Reino Unido, critica despiadadamente), los contempla desde el ángulo más

jocosos, a la vez que complacientes. Ese espíritu trasciende al guión y se ha plasmado en las imágenes de John Seale, bajo la dirección de Chris Columbus, con la colaboración de un trío de muchachos eficaces del que es cabeza Daniel Radcliffe, en el papel de Harry; Emma Watson, en el de Hermione Granger, la hábil manejadora de la varita mágica, y Rupert Grint, en el del amigo generoso, Ron Weasley. Un amplio contingente de actores y actrices (unos niños/ alumnos y otros, adultos/docentes) completan la plantilla de este relato de ficción y suspense, sobre el colegio Hogwarts para magos de corta edad, al que se llega tomando un tren que parte del inexistente andén 8 y 1/2. Rigurosamente ambientado en los clásicos “colleges” de Oxford o Cambridge, con sus aulas típicas, sus jardines, sus corredores en sombra, sus comedores presididos por el profesorado, sus tradicionales ceremonias, su vestuario, a menudo estrafalario, y sus inevitables normas deportivas, la afición a Potter no se sentirá defraudada.

Premio a las buenas intenciones

Por si fuera poco el culto a lo inaprensible e irreal de los cuentos, Francia ha lanzado en Amélie una muestra más de buenas intenciones. El título corresponde al nombre de la dulce protagonista, una fabricante de

milagros para andar por casa, interpretada por Audrey Tautou. Representa a una joven y optimista camarera, decidida a mejorar la situación de las gentes de su entorno, cuando sufren inconvenientes que está en su mano eliminar. Y se toma cualquier clase de molestias por hacerlo. Esta cinta, con tal mensaje, logra la complicidad del espectador ipso facto. No extraña

que obtuviera en Berlín, el pasado

2 de diciembre, en la 14ª Gala de los Premios del Cine Europeo, el galardón a la Mejor Película. Su realizador, Jean-Pierre Jeunet, se llevó el premio oficial al Mejor Director y otro, del público, y su director de fotografía, Bruno Delbonnel, el correspondiente a su especialidad.

También ronda la fantasía por Sin noticias de Dios, donde el español Agustín Díaz Yanes se apoya en dos pícaras actrices para exponer su concepción del Cielo y el Infierno, esos inexplorados ámbitos para la eternidad. Alguien puede preguntarse, por ejemplo, hasta qué punto un París vacío, con la metálica y fría torre Eiffel de centinela, se pueda considerar el Paraíso. La película que, insisto, se sostiene, en gran parte, por la simpatía de Penélope Cruz y Victoria Abril (una, enviada del Averno, y la segunda, de la Gloria), la interpretación poderosa de Demian Bichir, como un boxeador en crisis; la presencia de Gael García Bernal, a modo de diablillo menor, y de Fanny Ardant, elegante delegada celestial, y un guión pleno de sugerencias, insinuaciones, definiciones y acción, acaba por merecer un aprecio general y parcial, para algunas secuencias, brillantes, con derecho a disentir de algunas opiniones del realizador, quien, por cierto, no adopta talante dogmático.

Otros colegas suyos nos han hecho poner, otra vez, los pies en la Tierra. Así, el iraní Mohsen

Makhmalbaf, con Kandahar, rodada en la frontera entre Afganistán y Pakistán. En el pasado, Afganistán e Irán fueron una sola nación, por tanto, aldeas, paisajes y condiciones climatológicas no se diferencian, como tampoco las posiciones socio/político/religiosas de la mayoría de los habitantes, si bien, en los últimos tiempos, en la etapa que constituyó el dominio de los talibán en el primero de los países citados, el sometimiento impuesto al pueblo degeneró hasta extremos insostenibles, como revela la película, basada, según el propio director, en informes leídos y comprobaciones personales. En la película, producida en 2001, reivindica una apertura de la legislación en favor de la población femenina, esclavizada, encerrada en la cárcel del algodón del burka y privada de escolarización. Para ella no hay baños públicos, ni sanidad, ni formación profesional, ni medios de ganarse su vida. Importa recordar que Makhmalbaf, en unas declaraciones, para subrayar la falta de progreso de Afganistán, citaba su carencia de imágenes: ni cine ni televisión; los periódicos no imprimían fotografías; pintar se consideraba impuro. El cambio que se ha operado en unos meses en la región afgana, una vez vencidas las tropas talibán, en esta guerra sobrevenida que aún no ha cesado en diciembre de 2001, confirma que los afganos se sentían desposeídos de un bien. Los medios de información divulgaron noticias sobre las

CINE

medidas tomadas de inmediato por los vecinos de las ciudades liberadas. Curiosamente, se precipitaron a recuperar las salas de proyección: han vuelto a ver películas.

La guerra, el maltrato, una memorable toma del natural

En relación con la guerra civil española del 36, episodio tras

episodio, el cine español encuentra una referencia nueva de cuando en cuando. Se nota una aspiración ininterrumpida entre los cineastas a investigar sobre aquellas fechas y aquellos hechos. El limeño Javier Corcuera exhibió en el último Festival de Cine de Gijón *La guerrilla de la memoria*, un largometraje documental contando las desventuras de los “maquis”, unos 5.000 hombres que se escondieron en las montañas de Asturias, León, Galicia, Extremadura, Levante, en el 39, al término de la contienda, para continuarla a su medida hasta comienzos de los años sesenta. A Jaime Camino le interesó conocer la epopeya de “los niños de Rusia”. Ha volcado en un film, a lo largo de unos dos años, cerca de 30 horas de conversaciones directas, humanamente emocionantes, con 19 de aquellos evacuados infantiles. Sus declaraciones y comentarios se intercalan con material original fotográfico y documentales de la época. Arranca de las preparaciones y el momento de salida del barco, las despedidas desgarradoras de las familias, a pesar de que la separación se entendía como eventual. Unos 3.000 chiquillos, hoy septuagenarios, los sobrevivientes, participaron en aquel aventurado desplazamiento y ahora dan testimonio de que fue una odisea más penosa y prolongada de lo imaginable, ya que la segunda guerra europea les impidió reintegrarse a sus hogares y sólo al cabo de veinte años, ya

desarraigados, algunos lo consiguieron. Bastantes habían fallecido, otros se instalaron en terceros países (Cuba, por ejemplo) y otros se quedaron definitivamente en el país de acogida.

En *Sólo mía*, de Javier Balaguer, el drama es contemporáneo. Despliega el desarrollo de un noviazgo y matrimonio que desemboca en suceso con mujer maltratada. Una innecesaria artificiosidad en el estilo de rodaje y montaje del experto director, enlaza, sin embargo, con una naturalidad plausible en la pareja de intérpretes, los cónyuges: Sergi López y Paz Vega (Joaquín y Ángela). El tema, muy actual, conecta con una campaña auspiciada por movimientos varios y en la que la sociedad española está sintiéndose cada día más implicada, consciente de que debe crearse un círculo de convencimiento para que se erradiquen comportamientos violentos contra la mujer o seres indefensos de cualquier género.

Intacto, del canario Juan Carlos Fresnadillo, autor de un eminente "corto", *Esposados*, que fuera nominado para un Oscar, en 1997, se centra en el inexplicable y provocador fenómeno de la suerte, con un tratamiento de "thriller" e intención de apólogo más que de relato de sucesos verdaderos.

Pero el más atractivo producto español de la temporada, para mi gusto, se titula *En construcción*.

Lo firma José Luis Guerín. Apenas sin fabulación. Una de tantas obras públicas que distraen a los viandantes en las calles de las ciudades, en este caso en Barcelona, atrae la atención del cineasta. Se está llevando a cabo la demolición del barrio Chino de la Ciudad Condal. Se incluye en el plan de rehabilitación de la zona. Mientras se efectúa, día tras día, entre polvo y estrépito, los peatones ociosos, por un lado, y, por otro, los trabajadores (albañiles, peones, encargado, etc.) y una pareja de novios que residen como "okupas" en una

planta a punto del derrumbe, hablan de sí mismos y de lo que significa para unos lo que están viendo, y para otros, las paredes que están levantando; lo que va a repercutir en el antiguo enclave la construcción de edificios más altos y lujosos que los precedentes. La desconfianza de los inquilinos recién llegados a los modernos inmuebles, respecto de los más modestos, que les rodean. Sincero, certero, espontáneo, hasta poético, Guerín logra un ensamblaje fresco, natural de un hecho corriente que únicamente aporta, como espectáculo, el latido múltiple de una célula de ciudadanía contemporánea. Sin manipular.